

Los retratos del señor Torres

No fueron nuestros abuelos muy afortunados en encontrar un artista que fijase sus rasgos para perpetuarlos en las generaciones venideras.

La innegable tendencia mística de los pintores coloniales los llevaba a la representación de escenas bíblicas, copiadas de las escasas estampas venidas de España y ávidamente codiciadas por los artistas de entonces.

De aquí la ausencia de individualidad en el pintor, abismado en las alturas de la contemplación, a que lo movían su fe ardiente, y su religiosidad manifiesta y en un todo sincera. La carencia de un lirismo peculiar en el alma española y la fecundidad inagotable de otros géneros como la novela y el drama en el arte literario, se advierte también en la pintura y la arquitectura, en donde la personalidad propiamente dicha se recata en la profusión de los motivos ornamentales, que nos hacen pensar en la opulencia de nuestras ubérrimas comarcas, siempre pródigas e inagotables aunque enmarañadas y bravías.

Los tipos de los personajes contemporáneos de Vásquez tenemos que buscarlos en aquellos cuadros de asunto místico favoritos suyos, y en que nuestra melancólica sabana se esfuma en vagas tonalidades, *como una venganza de su secreto lirismo*. El medio ambiente de la época obligaba a los pintores a ejercitarse de preferencia en aquellos temas que estaban más en consonancia con los gustos de aquella sociedad, sabedora de los profundos conceptos de Santa Tesesa y San Juan de la Cruz, que informarían las obras de la Madre Castillo, gloria de nuestras letras nacionales.

En cuanto a los retratos de Virreyes, podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que ninguno alcanza las proporciones de una genuina obra de arte. Parece que los pintores de entonces se preocupasen más de

aquellos complicados ropajes y cuyos detalles transcriben con pasmosa exactitud, echando a perder lo que constituye el alma misma del retrato; el estudio de la fisonomía, que interesa más que los pliegues de la riquísima casaca, o la minuciosidad empleada en pintar las cruces de Santiago o de Alcántara. En suma: se hacía gala en derrochar color tratando lo accesorio y mudable, y descuidando lo primordial y necesario. Otro tanto diríamos de los retratos de Arzobispos, con unas pocas excepciones, que no son poderosas a infirmar nuestro aserto.

Además, de la tendencia característica de la época, impropicia para el cultivo del arte puro, los pintores de retratos, tendrían que luchar con el encaprichamiento de los magnates, empeñados en que el artista corrigiese en el lienzo los disfavores de la naturaleza, nada benévola para con muchos de ellos. Valdría la pena considerar las bravísimas batallas libradas por el cuitado pintor, entre las exigencias del modelo, y su afán de ser verdadero consigo mismo.

De todos los retratos de personajes ilustres de la Colonia, los dos únicos que tienen vida propia y rasgos perdurables, son los que, colocados en el Aula Máxima del Colegio del Rosario, representan el uno a su ilustre fundador Fray Cristóbal de Torres, y el otro a don Enrique de Caldas Barbosa, Rector del Colegio en la segunda mitad del siglo XVII; pintado el primero por Gaspar de Figueroa, y el segundo por Gregorio Vásquez Arce y Ceballos.

En ninguna de sus obras, quizá, llegó a tal punto el arte de Vásquez, como cuando inmortalizó los rasgos de Caldas Barbosa; predominan allí los tonos amarillentos, favoritos del pintor en la época en que trabajaba en los distintos cuadros de la Capilla del Sagrario. Suggestiva figura la del catedrático de Artes y Teología, cuyos labios habituados a modular las sentencias lati-

nas, se contraen en un gesto de amargo desencanto; y cuyos ojos fatigados nos dicen algo del cansancio de quien ha recorrido los escabrosos senderos que conducen al santuario de la Sabiduría, y de la inutilidad de sus esfuerzos trocados en nada ante lo breve de la vida, y lo vano de la ciencia.

La adusta sobriedad de este retrato, digno de Velásquez, nos revela el dominio de la técnica del gran pintor santafereño, y de cuya perfección se dio cuenta demasiado tarde, o desconoció por entero en el curso de su precaria existencia. Para un célebre pintor contemporáneo el retrato de Caldas Barbosa contemplado en la fotografía, con prescindencia absoluta del colorido, es una de las mejores obras de Vásquez, y una de las más atrevidas que produjo el arte colonial hispano-americano.

La sensación de desnudo realismo que produce el retrato de Caldas Barbosa, se atenúa contemplando el magnífico de Fray Cristóbal de Torres debido al pincel de Gaspar de Figueroa. Entre éste y Vásquez hay la diferencia de dos temperamentos artísticos, siendo Vásquez más valiente, y Figueroa más tímido, influido tal vez por la escuela quiteña, muy brillante de color esclero, pero sin prestarle a sus imágenes esa musicalidad que se advierte en el *Nacimiento* o la *Adoración* de Vásquez. El arte embrionario de Figueroa, estilizando las figuras, les comunica, no obstante, cierta serenidad que contrasta con el arte atormentado de Vásquez en el retrato de Caldas Barbosa; placidez que caracteriza el retrato del señor Torres, a pesar de la falta de proporción entre las diferentes partes del cuerpo, donde se albergó una alma grande, capaz de realizar una obra de no soñadas perspectivas.

Son escasos los datos que nos suministra la Historia acerca de la fisonomía del Maestro Cristóbal de Torres. Nuestros cronistas pocas veces se detienen a des-

cribir las facciones de los personajes coloniales, preocupándose más de sus actos que de la persona propiamente dicha. El único retrato físico del señor Torres lo debemos a Fray Alonso de Zamora en la clásica Crónica de su orden en el Nuevo Reino de Granada; los demás historiadores no hicieron otra cosa que transcribir, con más o menos modificaciones, lo que Zamora dice del Arzobispo. Así y todo, los breves rasgos del cronista dominicano no son suficientes, ni con mucho, para formarnos del señor Torres una idea acertada: «Fue de mediana estatura, de aguileño y hermoso rostro, blanco y colorado; los ojos tan vivos que le brillaban como luces encendidas».

Nada nos dice acerca de la prominencia de la barba, tan marcada en el retrato de Figueroa, y en las copias que de éste se hicieron posteriormente. La estatura mediana del Arzobispo, según Zamora, no concuerda con la elevadísima talla que le asignó el pintor. Tenemos nuestras razones para afirmar que esto que parece una violación deliberada del canon estético y un absurdo pictórico, era una manera de Gaspar de Figueroa; una tendencia hacia la estilización, repetimos, muy común en los pintores quiteños, quienes alardeaban además de cierto preciosismo, que parecía ignorar el claroscuro tan bien aprovechado por Vásquez.

Este retrato firmado y fechado por su autor el año de 1643, y que guarda la triangulación clásica, fue el modelo que sirvió para los retratos póstumos del fundador del Colegio del Rosario. Hemos examinado cuidadosamente todos los que se conservan sin exceptuar el que hace parte del hermoso grabado de la primera edición de las *Constituciones*. Allí aparece Fray Cristóbal, más abultadas las facciones, pero exactamente igual al de Figueroa; del que se guarda en la Catedral nada diremos, porque no es sino una mediana copia del original; otro tanto se podría agregar del que se conserva en el refectorio del Colegio.

Otra de las efigies del Arzobispo posterior a la fecha de su muerte (9 de julio de 1654), es la escultura orante ejecutada por Francisco de Pimentel el año de 1695, y que corona la magnífica fachada de la Capilla del Colegio. En aquel grupo escultórico de singular belleza, se destaca la grave figura del señor Torres, que recuerda la estatua similar de Carlos V en el Escorial, obra de Leoni; la misma actitud, idéntica la prominencia de la mandíbula inferior. Escultura de no escaso mérito y en donde la imagen del Arzobispo está tratada con notable delicadeza y maestría, y muy distinta a la de Figueroa, lo cual nos hace suponer que Pimentel no se limitó a copiar servilmente al pintor, sino que llevó a cabo su encargo, valiéndose del testimonio de personas que habían conocido al señor Torres, y le suministraron los datos necesarios.

Además Figueroa pintó al Arzobispo a mediados de su pontificado y Pimentel lo esculpió hacia el fin de sus días, a la avanzada edad de ochenta años. De lo contrario no se explicaría la decadencia física del señor Torres en la escultura, y la esbeltez que se adivina en el venerable lienzo de Figueroa.

Cuando se trasladaron a la Capilla del Colegio los restos mortales de su excelso fundador, ignorado artífice labró la estatua que hoy se levanta en el altar mayor. Ella no ofrece un aspecto nuevo de la fisonomía del Arzobispo, y es una copia deficiente de la de Pimentel.

Inútil nos parece insistir acerca de la estatua que se levanta en el patio principal del Colegio del Rosario. El escultor Renart, valiéndose del retrato de Figueroa, y después de prolijo y concienzudo estudio, armonizó las discordancias del pintor, y supo darnos una interpretación novísima del señor Torres. Diríamos que la obra de Renart ocupa un término medio entre el lienzo de Figueroa y la escultura de Pimentel, propo-

niéndose Renart representar al Arzobispo hacia los comienzos de su apostolado glorioso.

Al contemplar una vez más la interesante figura del Arzobispo, nos lo hemos imaginado reposando de las fatigas del gobierno eclesiástico, tras de la liberación espiritual de los indígenas. ¿Pensaría en los sinsabores cotidianos que le ocasionaban los torcidos procederes de la Audiencia? ¿Meditaría en las dificultades inherentes al establecimiento de un Colegio Mayor, y de una pequeña república electiva, y como consecuencia la emancipación de estas incipientes colonias? ¡Quién sabe! Y el Maestro Fray Cristóbal de Torres, cuyo rostro han alargado las vigillas, y plasmado las asperezas de la mortificación, en éxtasis sempiterno, parece escuchar rumores que no son de este mundo; bien lo dicen esos labios que sugieren una plegaria de amor, de paz, y de confianza; esos ojos apartados de la tierra, fijos en las alturas; ese semblante en que la energía se espiritualiza, balsámico nardo que despide su fragancia en noche serena; esa arrogante apostura del que fue Arzobispo de Santa Fe, y fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

JUAN MANUEL ARRUBLA

